

EL PRISMA IRREGULAR

Y OTROS DOS CASOS BREVES DE HONORA BRIM



EL PRISMA IRREGULAR

Y OTROS DOS CASOS BREVES DE HONORA BRIM

J.R. PLANA


ZOTHIQUE
PUBLICACIONES

Primera edición: agosto de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a la dirección de la editorial Zothique publicaciones a través de la web <https://boutiquedezothique.es/> si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o contactar con los autores o editores.

El prisma irregular y otros dos casos breves de Honora Brim

© J.R. Plana, 2020

© Portada: Raul Ruiz, 2020

© Zothique publicaciones, 2020 es un sello editorial propiedad de librería *La Boutique de Zothique* (Madrid, España).

ISBN: 978-84-122319-1-5

Depósito Legal: M-20655-2020

Producción editorial a cargo de



<<http://bookinvestors.es>>

¡Visita nuestra librería online!
<boutiquedezothique.es>

EL PRISMA IRREGULAR

I

DE TODOS LOS ENCUENTROS que tuve con Honora Brim, el que se produjo en la casa de mi amigo Aduriz Erte marcó un antes y un después, no solo por mi carga sentimental en el caso, sino por las repercusiones que tuvo en mi relación con la señora Brim y sus métodos. Fue en esta ocasión cuando, por primera vez, convoqué yo a la misteriosa anciana para que pusiera en juego sus habilidades preternaturales, en lugar de ser ella la que me llamara a mí.

Sin duda, la mención de Aduriz ya habrá dado al lector perspicaz una pista de por dónde van los tiros, pero a fin de que todos jueguen con la misma información, y de que sepan en qué forma se desarrollaron los acontecimientos, es necesario que los ponga en antecedentes. El caso del prisma irregular comenzó la misma noche en que mi querido Aduriz Erte, reputado periodista experto en misterios de la historia y del mundo, y arqueólogo *amateur*, murió en extrañas circunstancias.

II

LOS QUE RECUERDEN ALGO del caso Aduriz Erte sabrán que apenas tuvo presencia en los diarios o la televisión, más allá de la lógica conmoción que su muerte provocó en el gremio periodístico. A pesar de que era un compañero de profesión muy querido, y al que todo el mundo deseaba rendir homenaje, el hecho de que su muerte fuera tan extraña como inesperada hizo que los medios no indagaran en el asunto, sumiéndolos en una muda desorientación en la que se debatían entre honrar la memoria del difunto y no enturbiar su reputación aireando el grotesco final. Así, en este ambiente de pública desinformación, las teorías acerca de cómo murió el peculiar periodista inundaron la red como si se tratara de un acertado viral.

Yo, que fui testigo parcial de lo que aconteció la fatídica noche, contaré lo que ocurrió tal y como lo viví.

Serían cerca de las dos de la mañana (en aquella época solía quedarme hasta bien entrada la noche

trabajando en los muchos artículos pendientes), cuando mi móvil sonó. El corazón se me encogió en el pecho, pues una llamada a esas horas nunca es indicativa de nada bueno. La pantalla del teléfono se iluminaba con el nombre de Marcos Martínez, el que era asistente personal y discípulo de Aduriz. Temiéndome lo peor, más allá de que una llamada relacionada con Aduriz siempre trajera siniestras consecuencias, respondí.

—¿Marcos?

—¡Alonso! —El asistente estaba excitado, y eso, a pesar de que aceleró mi corazón, me imbuyó de cierta serenidad ante la inevitable catástrofe—. ¡Tienes que venir corriendo! —balbuceó. Pude prever lo que venía a continuación, aunque no me podía suponer cuál sería su forma—: Aduriz ... ¡se ha suicidado!

Huelga decir que, en menos de cinco minutos, ya estaba en la calle. Pedí el taxi más cercano a través del móvil y el tráfico nocturno de Madrid facilitó el que alcanzara el principio de la calle Arturo Soria en tiempo récord. El taxista trató de sacar conversación, pero mis monosílabos, cuando no respondía con un largo silencio, desinflaron sus ánimos, hasta que al final subió el volumen de la radio y se limitó a canturrear. Yo no podía dar crédito a las palabras de Marcos. ¡Suicidio! ¿Cómo era aquello posible? Aduriz, un tipo cabal, sensato y poco dado a los dramatismos o las grandes emociones, enamorado de su trabajo y aún más de su mujer, con la vida solucionada y sin

grandes altibajos... ¿Cómo podía un hombre sin aparentes problemas quitarse la vida de una manera tan inesperada?

A eso andaba dándole vueltas cuando el coche se paró frente a la antigua mansión, a la espalda de Arturo Soria, en el lado oeste. Herencia del abuelo paterno de su esposa, la casa de dos pisos y estrecho jardín se veía ahora más gris que nunca, a pesar de que la luz brillaba en las cinco ventanas de la fachada.

Llamé al telefonillo frente a la verja principal y un angustiado y frenético Marcos abrió la cancela para después recibirme al final de la escalera de piedra que lleva al porche, enmarcado por el rectángulo luminoso de la puerta.

—¡Gracias al Cielo que estás aquí! —dijo, dándome un fugaz abrazo. Su rostro estaba macilento y los ojos cargados con profundas ojeras—. ¡Rápido, ven!

El ayudante de Aduriz era un muchacho joven, de unos veintipocos. Su carácter lo dominaba el ímpetu del que se dedica a lo que le apasiona, y a veces era idealista e inocente en exceso. También era obstinado y metódico, atributos que quizá compensaban el que fuera un poco lento de entendederas.

—Serénate, Marcos —le pedí mientras le seguía al vestíbulo—. ¿Dónde está Rosa?

—En Yucatán —contestó con un hilo de voz, cerrando la puerta—. De viaje de trabajo.

Me horrorizó el pensar en el trauma que iba a suponer para ella.

—¿Se lo has dicho ya?

—No he reunido el valor. —Bajó la mirada, avergonzado. En cierta manera, lo compadecí. No me hubiera gustado estar en su lugar—. Eres al primero al que he llamado.

—¿No has avisado a emergencias?

—Sí, y a la inspectora Ruiz. Nada más colgarte a ti. ¡Ya sé lo que vas a decir! Pero escucha, tiene una explicación. Quiero que lo veas antes de que lo enturbien todo. Conocías a Aduriz de una manera distinta a como le conocía yo, y para mí nada de lo que hay ahí dentro tiene mucho sentido. Quizá tú puedas sacar alguna conclusión.

—Mucho me temo que sea incapaz —respondí con pesar—. Aún no doy crédito a lo que está pasando.

—Aunque lo veas, tampoco se lo vas a dar —me dijo con aire premonitorio—. Ven, te lo enseñaré.

Lo seguí por la casa que tan bien conocía. Íbamos hacia el estudio-galería de Aduriz, ubicado al fondo, en la esquina izquierda, con vistas a un pequeño rincón del jardín que el periodista cuidaba como si fuera el hijo que nunca tuvo. Todas las luces del camino estaban encendidas. Todas.

El estudio-galería era un bastión. La entrada, una puerta doble de una madera oscura de la que nunca he sabido la procedencia, era aún más segura que la de la propia casa. Estaba blindada, firmemente anclada al suelo y con el marco reforzado. Dentro Aduriz guardaba auténticas reliquias milenarias, demasiado

tentadoras para dejarlas sin protección, y su seguridad era algo que se había tomado siempre muy en serio, prácticamente hasta llevarlo a la obsesión.

—He cerrado —me explicó, sacando una llave blindada— por temor a que hubiera alguien dentro. Cuando he visto a Aduriz ahí tirado, lo primero que he pensado es que había un ladrón en la galería. He salido huyendo despavorido, y he atrancado la puerta para que el asesino no pudiera salir. Luego lo he pensado mejor y me he dado cuenta de que era una tontería, pero aun así la he dejado como estaba.

—No te creas —repliqué—, no me parece tan tonto. —Miré en derredor inquieto, sintiendo que la amenaza se condesaba en el aire—. Si hubiera alguien ahí, ¿le hubiera dado tiempo a salir en lo que llegabas al estudio?

—Imposible —respondió con seguridad—. Aduriz instaló hace un par de meses un pistón que cierra la puerta automáticamente después de entrar, y lo hace bastante deprisa. Además del portazo, que se oye claramente, pues cada pieza de blindaje pesa una barbaridad, las bisagras chirrían como una jaula de grillos. Es imposible que alguien abra o cierre la puerta sin que se oiga en prácticamente toda la casa, algo que a Aduriz le reconfortaba, pues lo veía como otra medida extra de seguridad. Por eso, tras reflexionar un poco, me he dado cuenta de que tenía que ser suicidio, pues nadie podía haber entrado sin que yo

me enterara, siendo tan tarde y estando la casa sumida en el silencio.

—Está bien, ya habrá tiempo para teorizar después —dije impaciente, pues Marcos parecía haber olvidado que el cadáver de su jefe yacía al otro lado—. Entremos.

Asintiendo, se dio la vuelta y metió la llave en la cerradura, dando tres giros que hicieron correr con estrépito a los pasadores. Retirando la llave y volviéndosela a guardar, me miró de soslayo, esperando mi beneplácito. Yo asentí y, lentamente, Marcos empujó la pesada puerta del estudio-galería.

El chirrido, efectivamente, resonó por toda la casa como la risa histérica de un demonio. Ya solo con eso se le ponían a uno los pelos de punta. Si, además, se le suma la interminable oscuridad que nos esperaba al otro lado, plagada de extraños bultos y formas llenas de aristas, la impresión era aterradora.

Marcos, envalentonado por mi presencia (al contrario que yo, que cada vez me sentía más en peligro), entró del tirón y corrió al lateral derecho para encender las luces. Al instante, la galería brilló como si fuera de día, iluminando el largo pasillo que llevaba hasta el sobrio estudio que esperaba tras la pared del final.

—Cuando he entrado ha sido a oscuras, por la costumbre —me explicó Marcos—. A Aduriz no le gusta... le *gustaba* que se encendiera la galería por la noche, decía que era indiscreto. Como

comprenderás, en mi aterrorizada carrera no me he parado a iluminar la estancia.

—No te preocupes, lo comprendo —fue lo único que acerté a decir.

Me encontraba paralizado en la entrada, sujetando con esfuerzo la puerta, a la que había que añadir el empuje del pistón además de su propio peso. Había estado muchas veces en la galería de Aduriz, pero ninguna de noche, y ninguna en los últimos cinco meses, tras las reformas que mi amigo llevó a cabo. Durante ese tiempo, su exposición había aumentado notablemente.

La galería era un amplio corredor con vitrinas de cristal ocupando los laterales, y formando un pequeño pasillo en el centro, como si fuera un museo. Repartidas por la sala, con la idea de ofrecer un descanso al espectador, se podían encontrar sillas y sillones de los estilos más variados, y de las paredes colgaban multitud de cuadros, tantos que no dejaban espacio entre ellos. Las vitrinas componían pequeñas isletas, con más expositores cerrados tanto en el centro de estas como separando cada isleta. Allí, reposando sobre cojines y tapetes de terciopelo rojo y negro, se encontraba iluminada la colección de rarezas históricas más impresionante que haya visto nunca.

Vi piezas arqueológicas de los aztecas y los egipcios, de Japón y de la India, así como de lugares más peculiares, como las remotas ruinas de Kamchatka o de las Islas de Yan-hoi, todo cuidadosamente

agrupado y clasificado. Además de restos materiales, Aduriz también poseía varios ejemplares de seres vivos —claro está, previamente fosilizados o momificados—. Amigo como era de la elucubración científica, vi tres o cuatro reproducciones de lo más espeluznantes, que bajo la tenebrosa y desalmada luz de los focos de cada vitrina parecían a punto de echar a andar. El más cercano se encontraba a mi izquierda, en la isleta inmediata a la puerta, que contenía elementos de la historia de Sudamérica. Allí, en una vitrina central cerrada, descansaba la artificial reproducción de un ser humanoide de apariencia anfibia, o reptiliana, con una cara amplia y chata como la de un sapo, asquerosa y desagradable a todos los efectos. La iluminación cercana y directa marcaba profundas sombras en su rostro, dándole una apariencia más espectral. En la siguiente isleta, correspondiente a la sección de Yan-hoi, un extraño feto anormal con dos cabezas daba la réplica al hombre-reptil. A pesar de que yo sabía que no eran más que la habilidosa obra del taxidermista de confianza de Aduriz, no pude evitar sentir un escalofrío.

Mientras contemplaba, a medio camino entre el asombro y el horror, la galería reformada —algo totalmente inapropiado teniendo en cuenta la situación en la que nos hallábamos—, Marcos había revisado meticulosamente las seis isletas de la sala, mirando también detrás de cada vitrina del pasillo central.

—¡Aquí no hay nadie! —dijo, todavía algo inquieto—. Puedes cerrar la puerta.

La solté, dándome cuenta de que la había mantenido abierta durante mi estúpida obnubilación. El bueno de Marcos parecía haberlo interpretado como una maniobra para garantizar que la ruta de escape estaba despejada, cosa que no era cierta, aunque yo tampoco lo saqué del error.

—¿Las ventanas siguen teniendo barrotes? —pregunté, escudriñando a través del nítido reflejo del cristal en busca de las sólidas y estrechas barras de forja que se anclaban en la piedra de la fachada.

—Sí —explicó Marcos desde el otro lado de la galería—. Nadie puede haber entrado por ahí. Este sitio es un búnker, y esa es la única salida. En la reforma, Aduriz mandó cegar también la chimenea. Solo queda el despacho. ¿Vienes?

En unas cuantas zancadas me planté a su lado, en la esquina derecha del fondo de la galería, junto a la discreta puerta que conducía al estudio de mi amigo. Estaba abierta.

—Te advierto que no es agradable —me dijo. Sus mejillas, que habían enrojecido mientras registraba la sala, habían vuelto a perder su color—. ¿Estás listo?

—Nunca lo estaré —repliqué. Ahora reconozco que fui, quizás, algo dramático—. Hagámoslo antes de que llegue la policía y mi presencia aquí no sirva para nada.

Entramos.

El despacho, una prolongación cerrada de la propia galería, estaba como siempre. El sólido y elegante escritorio de madera, una antigüedad que contrastaba con el moderno portátil y el flexo con bombilla de bajo consumo, descansaba donde siempre, de espaldas a la ventana —cubierta por dos pesadas cortinas rojas— y sobre la alfombra persa de intrincado dibujo, también de color carmesí. Tras la mesa, la silla de Aduriz de alto respaldo, que, ligeramente apartada de la mesa, daba a entender que su propietario se había levantado con premura; frente a ella, dos sillas más pequeñas para las visitas; y a su izquierda, al final de lo que sería la galería completa, la vieja chimenea cegada. Sobre ella colgaba un marco con una reproducción del mapa de Piris Reis, cuya leyenda el periodista adoraba a pesar de que sabía que era falsa.

Y en medio de esta escena, las piernas retorcidas de una manera antinatural, con el brazo izquierdo estirado hacia la negra oquedad del hogar y el derecho sujetando un martillo, yacía mi querido amigo Aduriz Erte. Una arcada involuntaria apagó las lágrimas. Su frente estaba completamente roja, y una sustancia blanquizca y sonrosada se derramaba a pegotes aquí y allá. La cabeza del martillo se perdía hundida en la frente del periodista: se había abierto el cráneo a golpes. La sangre manchaba el parqué y la delicada alfombra. Mi cerebro, quizá para aislarse de tan macabra imagen, le dio por fijarse en que Aduriz vestía aún

el cómodo chándal de estar por casa, y que una de las pantuflas grises que calzaba se había escapado de su pie derecho, dejando a la vista un calcetín blanco de deporte. Era un detalle absurdo, pero a mi mente le pareció tan fuera de lugar que lo guardó para siempre, y estoy seguro de que jamás lo podré olvidar. La calidez y naturalidad de la ropa de estar por casa en combinación con la violenta orgía de sangre resultaba tremendamente discordante, hasta el punto de causar un confuso e inquieto desasosiego. Hacía calor en la habitación a pesar de que afuera marzo se negaba a dejar paso a la primavera. O quizá era yo, que sudaba.

Allí me quedé, contemplando embobado el cuerpo de mi amigo, con su medio martillo hundido en la cabeza, hasta que la policía y los del Sámur llamaron al timbre, y Marcos corrió a abrir dejándome a solas con el cadáver y con mi creciente terror. Oí el chirrido de la puerta y el golpe al cerrarse por dos veces, y en nada me encontré rodeado por un desafortado enjambre de gente desconocida que se cernía sobre un hombre visiblemente muerto.

—¿Qué has visto? —me preguntó Marcos, tirando de mi brazo hasta la puerta del estudio—. ¿Entiendes algo? ¿Se te ocurre por qué puede haberlo hecho?

—No —respondí, ausente y con la mirada vagando entre los pies de mi difunto amigo—, no comprendo absolutamente nada.

III

LA INSPECTORA MÓNICA RUIZ, una vieja conocida de mi círculo de compañeros de profesión, nos interrumpió al poco. Alejándonos del bullicio de los del Sámur, que ya empezaban a hacer sus maniobras para retirar el cuerpo, nos llevó a un aparte (a la isleta de Kamchatka, frente al terrible embrión y en diagonal al abominable hombre-lagarto, que contribuían otorgándole a la noche un grotesco aire de irrealidad) y comenzó a hacer las preguntas de rigor.

No aburriré con una exposición prolongada de la conversación, sino que me limitaré a contar la versión de Marcos.

Alrededor de las once de la noche, después de haber cenado y encontrándose únicamente ellos dos en la casa, Aduriz le dijo a Marcos que se encerraría a trabajar en su estudio hasta la una, una y media, y que, por favor, si no era molestia (pues Aduriz era un tipo muy educado), le entrara al despacho una de aquellas infusiones que le ayudaban a dormir antes de

dedicarse a sus asuntos. Marcos, servicial como era, no tardó en preparárselo, y a eso de las once y media atravesó a oscuras la galería para dejarle la infusión en la mesa, con su debido posavasos. En ese momento, Aduriz se hallaba sentado en su escritorio, inmerso en la lectura de unos legajos que transcribía en su ordenador. Marcos le dio las buenas noches y le dijo que si le necesitaba estaría en su mesa, también en el primer piso pero al otro lado de la casa, poniendo al día unos correos pendientes. Y allí se retiró, volviendo a cerrar la puerta del estudio al salir y recorriendo a oscuras la amplia galería, la cual siempre aparecerá en mis más recurrentes pesadillas, pues su lúgubre circo de los horrores me impresionó más allá de lo que un adulto puede reconocer socialmente.

La noche trascurrió sin sobresaltos, Marcos a sus historias y Aduriz a las suyas, hasta que, a las dos menos cuarto o así, viendo que se había pasado la hora y que no había oído la ruidosa puerta de la galería, el ayudante decidió interrumpir a su jefe para recordarle que ya eran más de la una y media y comprobar, de paso, que no se había dormido sobre el escritorio —cosa por lo visto no del todo inusual—.

Cuando regresó a la galería, lo primero que le extrañó fue encontrarse con la tenue iluminación que se escapaba por la puerta abierta del estudio. La escasa luz del flexo apenas sí contorneaba el desfile de restos arqueológicos, pero resultaba deslumbrante acostumbrado como estaba a caminar por el largo

corredor a oscuras. Del escaso instante que vislumbé la estancia en penumbra solo puedo decir que fue un espectáculo realmente inquietante, pues los cristales de las vitrinas devuelven extraños reflejos opacos que crean un juego de luces de lo más antinatural.

Marcos no se amedrentó, y con decisión cruzó la estancia hasta entrar en el estudio. Fue ahí donde perdió por un instante la cordura al encontrarse con la misma escena que me encontré yo; el cadáver despatarrado en el suelo, abierta la cabeza por su propia mano. Marcos confesó haber gritado de pánico, tras lo cual salió corriendo sin intentar reanimar a Aduriz, pues sus escasos conocimientos médicos creyeron que poco se podía hacer ya por el desdichado. Además, la imaginaria amenaza de un asesino oculto en las sombras de la galería que se encontraba a su espalda, a oscuras y única salida de la estancia, bastaron para desquiciarle los nervios y apartar a patadas todo rastro de autocontrol. Marcos huyó de allí como quien ha visto al diablo. Y el resto, ya lo conocen.

IV

MÓNICA VINO A VERME un par de días después.

—Es extraña —me dijo mientras pasaba a mi cocina y abría el frigorífico sin el menor recato— la forma en que murió. Cuando uno se suicida normalmente opta por métodos menos truculentos, y, a ser posible, más definitivos.

—¿Te parece poco definitivo que se hunda un martillo en la frente?

—No me estás entendiendo. Hundirse un martillo es una forma estúpida de suicidarse. Al primer golpe corres el riesgo de caer inconsciente, o de darte mal y acabar paralítico. Por eso la gente se ahorca, se tira por la ventana o se abre las venas. Son formas de morir que funcionan un poco mejor.

—¿Crees que no es un suicidio?

—Me gustaría creerlo, pero no encuentro la forma. El martillo únicamente tenía las huellas de Adu-riz, y en toda la galería, y mira que la hemos revisado

bien, la científica no ha encontrado otras que no sean las de las tres personas que habitan la casa.

—Bueno, existen los guantes y otros trucos más ingeniosos.

—Olvídalo, no hay manera de justificar otra muerte que no sea por suicidio. Y créeme que lo he intentado. —Bebió un trago del botellín que había birlado de mis reservas—. El forense encontró marcas en los brazos que señalan a un forcejeo —dijo, como si no viniera a cuento.

—¿Cómo? —pregunté, sorprendido—. ¿Y aun así descartas el asesinato?

—Tranquilo, Albéniz. Solo quería verte la cara. Es más complicado que eso: parece que se las provocó él mismo. —Volvió a beber, deleitándose en el ambiente de intriga que había generado—. El brazo derecho, el de martillo, presentaba arañazos y contusiones que indican que una mano (una mano *izquierda*) lo estuvo agarrando con fuerza. Hemos tratado de reproducir el movimiento y la única conclusión sensata es que no hacía otra cosa que ayudarse a golpear, lo que explica muy bien las marcas alrededor de la muñeca y los restos de sangre bajo las uñas de la mano izquierda.

—Dices «la única sensata»... Lo que quiere decir que habéis descartado por completo que esa mano *tratara de parar* a la otra.

—Sí, la teoría de la mano demoníaca que intenta asesinar al dueño contra su voluntad está totalmente descartada.

—Pero hay pruebas que la sustentan.

—Igual que sustentan en la otra dirección. —La inspectora se encogió de hombros, acabándose el bottellín—. Piensa lo que quieras, Albéniz, pero no vas a cambiar los hechos. Los médicos hablan de suicidio, el inspector que lo lleva lo confirma y el comisario está encantado con que se archive un caso más. Y yo estoy cansada de dejar trabajo a medias, así que por eso te lo cuento, para desahogarme. Poco más puedo hacer.

—No te preocupes, lo comprendo.

Agradecido porque la inspectora confiara en mí, una vez más, para convertirme en su confidente, la despedí repasando la conversación en mi cabeza. Ruiz era una persona que siempre trataba de parecer una apisonadora —y lo conseguía—, alguien que avanzaba imparable ante cualquier contratiempo. Pero, tras el discurso seco y mordaz, yo había aprendido a entrever su verdadera opinión: no estaba conforme con los resultados, me decían sus palabras, pero nada más se podía hacer. Y cuando la inspectora decía que no había nada más, uno podía estar seguro de que había agotado hasta la última de las opciones.

Quedando el caso cerrado y dadas las explicaciones pertinentes a la viuda, no se dio mayor reflexión al tema y Aduriz fue incinerado en una ceremonia que

reunió a un importante número de personalidades de la comunicación.

Estuve con Rosa durante el funeral, y también al día siguiente, pero no hablé mucho del tema con ella. La mujer sobrellevaba el duelo como podía, y yo no quería hurgar en la herida. Rosa y Marcos regresaron a la mansión, y ella quiso mantener al chico en su puesto para que pusiera orden en los asuntos de Aduriz y diera salida al trabajo de años, el cual iba a ser divulgado por la misma cadena que había albergado su popular programa.

De manera que las cosas siguieron un poco como estaban, y no fue hasta unos meses después que volví a saber de ellos. Una tarde de domingo, en la que yo me encontraba tecleando a contrarreloj en mi ordenador, mi móvil se iluminó con el número de Rosa. Al parecer, a modo de homenaje, un par de medios querían organizar en colaboración con el Ministerio de Cultura una importante exposición con el trabajo de Aduriz, y habían pedido permiso a Rosa para usar el material de la galería. Ella estaba deseando librarse de esa estancia maldita y todos sus horribles recuerdos, así que accedió encantada, pensando también que el espíritu del periodista se sentiría reconfortado al saber que la labor a la que había entregado su vida iba a tener cierto reconocimiento y divulgación oficial, rescatándola un poco de la ignominiosa etiqueta de «ciencias ocultistas y del misterio».

Para lo que me llamaba Rosa era para saber si me causaría algún tipo de conflicto el ayudar a Marcos a preparar y embalar el material para la exposición, aprovechando para hacer una selección de lo que sí debía ser expuesto y lo que no (para lo que ella, por no ser su profesión, dijo no valer en absoluto). Ya que yo había compartido investigaciones con Aduriz, y que tenía confianza con Marcos y con la familia, parecía la persona idónea para esta labor. Además, me dijo, quería que yo me quedara con las piezas que más me gustaran, y que lo considerara un regalo que ella me hacía como compensación por las molestias y en recuerdo de mi buen amigo. Sintiéndome muy honrado, por supuesto lo rechacé de plano, pues aquellas joyas históricas tenían su lugar en los museos y de cara al público y los especialistas, y no cogiendo polvo en un rincón de mi casa. Sin embargo, si quería compensarme con algún recuerdo de mi amigo, le dije que con mucho gusto aceptaría la estilográfica Montblanc de Aduriz, la cual siempre había despertado mis más insanas envidias. Le pareció bien, y así quedamos para el miércoles de esa semana.

El día acordado, me planté allí con ropa cómoda y zapatillas. Marcos me abrió la puerta y, a pesar de que era de día, me invadió una desagradable sensación de *déjà vu*.

Rosa resultó estar fuera de casa, atendiendo no sé qué historias de papeleo, así que Marcos y yo nos pusimos a la tarea de despejar la galería. Sospeché

que ella, sencillamente, había buscado la manera de desaparecer mientras la vaciábamos, probablemente para ahorrarse el mal trago del recuerdo. No me pareció en absoluto inadecuado, ni tampoco pensé que tratara de escurrir el bulto, así que no le presté más atención.

—He preparado ya cajas y una buena provisión de papel de burbuja —me dijo Marcos mientras entrábamos en la galería, muy distinta con la luz colándose a raudales por las ventanas, reflejando el intenso verdor de las plantas del jardín.

—No habéis tocado nada —observé.

—No, nadie ha entrado aquí salvo el servicio de limpieza. No sabes la de polvo que estas vitrinas pueden atrapar.

—Creo que me lo imagino.

Marcos se acercó a una caja de cartón y me tendió unos guantes, un trapo y una llave.

—Esta es una llave maestra que abre todas las vitrinas. Hay que vaciarlas y guardar el contenido por isletas. La única problemática es la del maharés. —Señaló al hombre-reptil que tanta impresión me había causado aquella noche infame—. Alguien ha atascado la cerradura y no hay manera de abrirla, la llave maestra no termina de entrar; así que esa vitrina, como no pesa demasiado, la meteremos entera en una caja de madera.

—¿Majarés?

—Con hache, más aspirado, que suene casi a como lo diría una serpiente. —Lo repitió tratando de enseñarme, pero yo no me mostré muy entusiasmado—. Bueno, da igual. Es una de las idas de olla de Aduriz. Se encontraron unos misteriosos restos en Sudamérica, algo parcial, por supuesto, nada más que unos huesos largos y una mandíbula, y él trató de ubicarlos en la historia sacándose de la manga una raza prehistórica que justificaba las leyendas de los bla, bla, bla. Marcianadas, ya sabes.

Asentí, recordando cómo era él para esos temas tan espectaculares. La recreación no medía más de un metro, y quise ver en él a los pequeños extraterrestres de las películas de ciencia ficción. Aduriz era perro viejo, así que supuse que toda la parafernalia no era más que una treta para llamar la atención.

—Anda —dije, acercándome al lateral de la vitrina—, ¿y este golpe? —El cristal estaba astillado en un lateral, recorrido por una grieta que amenazaba con romperlo.

—Ni idea —respondió, encogiéndose de hombros—. Me siento tentado de echarle la culpa a los de la limpieza, pero la verdad es que es extraño. Estas vitrinas llevan un cristal especial a prueba de golpes y de robos. Muy fuerte hay que darle para hacerle eso. —Le pasé un dedo por encima y no sentí protuberancias, así que deduje que la fractura estaba en el interior del cristal, o al otro lado—. No te preocupes de todas maneras. Aunque lo veas así, eso no se rompe ni

con un mazo. Lo más probable es que la grieta venga de fábrica y no lo hayamos visto, es muy poca cosa. Ya nos pasó en un par de ocasiones, pero esas las vimos antes de colocarlas. Esta se nos habrá pasado.

Coincidiendo en que ya nos habíamos entretenido bastante, nos dividimos las isletas —mientras yo rezaba porque no me tocara la del horripilante embrión bicéfalo— y nos pusimos a trabajar.

El sol brillaba con fuerza a través de las ventanas cuando comenzamos, y era ya un disco anaranjado y mortecino cuando guardamos la última de las cajas en el almacén de debajo de la escalera, en una de las estancias contiguas al estudio-galería de la planta baja.

Rosa había llegado hacia la hora de comer y, después de saludarme cariñosamente y mantener una trivial conversación de unos minutos, subió a su habitación a seguir trabajando. Noté que procuraba apartar la vista de lo que aún nos quedaba sin guardar, y, durante el tiempo que permaneció en la estancia, no paró de moverse, inquieta. Estaba bien claro que no quería pasar ni un segundo en aquel lugar, porque luego en la comida se comportó de la manera más corriente.

Ahora, Marcos y yo nos dábamos un merecido homenaje en la galería, como premio por la agotadora jornada. Bebíamos un par de cervezas sentados sobre las grandes cajas de madera que habían sobrado, y él me estaba contando en qué historias andaba

trabajando cuando la conversación derivó hacia la muerte de Aduriz y las misteriosas incongruencias que la inspectora Ruiz me había contado.

—No paro de darle vueltas —me confesó—. Aduriz no era de los que se matan. Para que veas hasta qué punto me obsesiona, hace un par de semanas estuve pensando en llamar a una médium, pero Rosa se negó en redondo.

La imagen de una espiritista llevando a cabo una sesión en el despacho de mi amigo prendió una idea que, no sé por qué, no se me había ocurrido antes, y pensé al instante en los esotéricos métodos de la misteriosa señora Brim.

Daba la casualidad de que, justo unas semanas antes, yo me había encontrado por primera vez con Honora Brim, y había accedido de muy buena gana a convertirme en una especie de cronista de sus casos. Cómo no se me había ocurrido solicitar su ayuda hasta ese momento es algo que jamás explicaré, pero el caso es que con la mención de la espiritista todas las piezas encajaron con asombrosa sencillez.

Reflexionando sobre la posibilidad, y exigiéndole a Marcos la más estricta discreción en el tema, le hablé acerca de la señora Brim y su visión de las cuatro dimensiones.

Media hora después, Marcos, con todo su bagaje del misterio y lo sobrenatural, aún no me creía del todo.

Fue mi tono grave y circunspecto lo que le convenció de que era cierto y, al fin, no sin escepticismo, me hizo la siguiente pregunta:

—¿Me cuentas esto porque crees que esta señora Brim podría averiguar cómo murió Aduriz?

—No me parece una mala idea.

Lo meditó durante unos instantes.

—¿Y por qué carajo no lo has pensado antes? ¡Hace semanas que la conoces! ¡Semanas en las que podíamos haber aclarado ya todo este asqueroso asunto!

El entusiasmo de Marcos convenció a Rosa, a pesar de que yo confiaba poco en que la mujer diera su brazo a torcer. Sin embargo, me dio la sensación de que sí creyó a medias mi historia acerca del joven desaparecido junto al Henares, y de cómo la señora Brim lo había encontrado con sus peculiares métodos —aunque, eso sí, omití la parte más truculenta y la siniestra excursión nocturna que hice en compañía de su nieta y la inspectora Ruiz—.

Sea como fuere, acordamos llamar a la anciana para pedir su ayuda a pesar de que al menos Rosa lo veía todo desde la distancia del escepticismo.

Bajamos al salón y marqué el número de Honora en mi móvil —quien, recordé, vivía no muy lejos de allí, en el otro extremo de Arturo Soria—. Aguardé con el corazón en un puño, temiendo que no me lo cogiera. Era la primera vez que llamaba a la señora

Brim, sin contar la pequeña conversación que mantuvimos tras ver su anuncio, y por un instante me sentí como un adolescente llamando a su cita.

La voz cascada de la anciana sonó al otro lado.

—Alonso. Qué pasa.

—Buenas noches, señora Brim. ¿Qué tal está?

—Muerta de asco. Alma —su nieta— está de viaje, y me aburro soberanamente. Pero no me des coba y vete al grano. ¿Querías algo?

Tragando saliva, le expliqué brevemente el motivo de la llamada y, antes de que pudiera formular la pregunta, ella me contestó:

—Es un poco tarde, la verdad. Y no me apetece mucho. Bueno, lo pienso y ya te aviso si eso. Hasta luego.

Y colgó. Marcos y Rosa me miraron desde el sofá, esperando un veredicto.

—Ahora hay que esperar —dije.

—¿A qué? —preguntó Rosa con el ceño fruncido.

—A que decida si quiere venir o no.

Dediqué unos minutos a ponerlos en preaviso acerca del excéntrico, imprevisible y enormemente difícil carácter de la anciana, que parecía no tener filtro entre la cabeza y la lengua. A primera vista, podía parecer una vieja idiota y borde, que quería llevarse mal con todo el mundo; pero, cuando empezaba a hablar, apartaba poco a poco el velo que ocultaba su increíble inteligencia y su innegable conocimiento de las cosas. Era una mujer maravillosa y fascinante, pero

con la que la convivencia se hacía imposible, tanto por desconcertante como por desagradable.

En ese punto me di cuenta con estupefacción de que no le había dado a la señora Brim la dirección de la casa, y corriendo eché mano del teléfono. Mientras marcaba, el sonido de un coche parándose se escuchó desde la calle, seguido de un portazo y el chirrido de la cancela, que se había dejado abierta. Alguien llamó al timbre y Marcos fue a abrir.

Honora Brim había llegado.

—Anda, tienes ciclámenes. —Se oyó su rasposa voz de anciana por todo el recibidor—. Me tienes que decir cómo lo haces, porque a mí se me mueren todos. En cambio, esa hierbabuena está hecha un asco. ¿Con qué la regáis? ¿Ginebra? Bueno, y tú quién eres. —No sonó a pregunta.

—Marcos Durán, señora —respondió algo cortado el muchacho.

—Marcos. Muy bien, encantada. ¿Puedo pasar o qué?

—Por favor, adelante, adelante.

—Gracias. Llámame señora Brim, odio que usen mi nombre. Y trátame de usted, que soy más vieja que tú. ¿Está Alonso Albéniz?

—Aquí, señora Brim —dije, saliendo del salón al recibidor—. ¿Cómo está?

—Muerta de frío. Este muchacho no cierra la condenada puerta. —Marcos, avergonzado, la cerró corriendo.

Allí estaba la baja y rechoncha figura de la señora Brim, una bola de carne de la que salían dos pequeñas piernas y una cabeza igual de redonda. Iba envuelta en su enorme abrigo escocés de lana, que le llegaba hasta casi los pies. Por abajo asomaban dos breves y delgadas pantorrillas cubiertas por medias, que terminaban indefectiblemente en los viejos y usados zapatos de tacón bajo, los cuales reconocería entre un millar de pares. Una mano sostenía su habitual bastón de madera de roble, y la otra aguantaba una amplia bolsa de viaje de tela y color mostaza, que contrastaba terriblemente con el resto del atuendo. Coronando su rostro gordo, hosco y surcado de arrugas, un grotesco turbante lila que llevaba tan solo y estrictamente cuando ella consideraba que hacía frío, y que dejaba escapar, aquí y allá, algunos mechones canosos de su pelo cortado como un chico. Sus ojos, oscuros, lo observaban todo con chispeante vivacidad, y la verdad que tenía que mirarla dos veces antes de distinguir si era hombre o mujer.

—Vaya casoplón. ¿De quién es?

—Mío —contestó Rosa con tono neutro, uniéndose a la comitiva.

—Ah, tú serás Sara Urbión, entonces. Un placer.
—Si lo era, no lo parecía.

Dio unos pasos por el recibidor, su bastón resonando contra la madera del suelo, la vista recorriendo la casa y cotilleando sin ninguna vergüenza.

—Anda, qué pedazo de tele —se asombró metiendo la cabeza en el salón—. Esa sí que se tiene que ver bien. Yo tengo una más pequeña, pero que también funciona bien.

—Señora Brim, ¿quiere que...?

—Sí, por favor —me interrumpió—. Tengo la pierna jodida y el peso empieza a ser un incordio. —De espaldas, me tendió su aparatosa bolsa de viaje, que cogí un poco desconcertado. Así, pudo hacer lo que más le gustaba: agarrarse las manos a la espalda, con el bastón en paralelo, y deambular con su anadeo característico mientras lo miraba todo—. Siempre he pensado que es una idiotez rechazar ayuda, o no pedirla, cuando de verdad se necesita, ¿no? Eso pienso. —Volvió la cabeza y nos miró de reojo—. Cuántos problemas solucionaríamos si habláramos con los demás en vez de hacer el imbécil. —Tosió, fijándose detenidamente en las cortinas del salón. Cuando quedó satisfecha, se volvió hacia nosotros—. Bueno, ¿qué pasa? ¿Empezamos o no?

—¡Claro! Por aquí, señora Brim, si me lo permite. Sígame.

Marcos se adelantó y condujo a la señora Brim y su bamboleante caminar hacia el pasillo que desembocaba en la galería. Yo permanecí atrás el tiempo suficiente para encajar una breve y reprobadora mirada de Rosa, tras lo cual salí corriendo detrás de la pareja.

—¡Con cuidado! —me gritó Honora desde más adelante—. ¡Si la rozas mucho, tendré que

esterilizarlo de nuevo! Y es un tostón. —Dejó de gritarme para dirigirse a Marcos—: Qué bárbaro, vaya puertas. ¿Qué es esto? Parece Fort Knox.

—Es la galería, señora Brim. El señor Erte se preocupaba mucho por la seguridad de su colección.

—Qué idiotez. La seguridad les dice a los demás que ahí se guarda algo importante, y ellos se esfuerzan más en conseguirlo. Las cosas quedan más ocultas a simple vista, eso lo sabe todo el mundo. Venga, abre ya.

Marcos empujó la pesada puerta y el alarido demoníaco de las bisagras reverberó en toda la casa. Ese sonido, junto a la oscuridad negra que era la galería, me hizo volver por un instante a la angustiada noche del suicidio. Pero entonces se encendieron las luces y la desierta estancia se reveló ante nosotros. Un alarido, esta vez humano, hizo que el corazón me galopara en el pecho.

—¡Está vacía! —La señora Brim se adelantó con sus pasos bamboleantes mientras Marcos regresaba corriendo a sujetar la puerta que se volvía a cerrar—. ¡Está vacía! ¿Qué ha pasado aquí? —Andaba apoyándose en el bastón, el cual agitó con ferocidad frente a un apabullado Marcos.

—He-hemos guardado la exposición para que se la lleven los de... —trató de explicar el pobre muchacho.

—¡Qué idiotas! —le cortó ella llevándose entre aspavientos una mano rechoncha a la cabeza—. ¡Qué

desastre! ¿Para qué me llamáis, si tan solo queda una habitación vacía?

—Pero, señora Brim —intervine yo desde atrás con más calma, pues me conocía los dramáticos arranques de la anciana—, la muerte se produjo en la sala contigua. En esta no ocurrió nada.

—¡Eso da igual! —Se adentró en la galería, caminando hacia las cajas de madera que habían sobrado, acompañada por el repiqueteo de su bastón. En el centro de la estancia se detuvo y comenzó a mirar alrededor lentamente, alzando la vista—. Los objetos —comenzó a explicar— tienen sus tiempos, y estos dejan marcas en el cosmos —agitó la mano libre en el aire— igual que la luz las deja en el negativo de una cámara. ¡Pero hay infinitos momentos! Las cosas, al tocarse las unas con las otras, crean intersecciones, puntos de encuentro que yo uso para ver. ¡Y esas intersecciones no son eternas! —Se volvió hacia nosotros obsequiándonos con una mirada ceñuda—. Se disuelven lentamente, transformándose y borrando la huella que han dejado, lo que impide que pueda encontrarlos. Y, por si eso no fuera suficiente, ¡vosotros ayudáis a que se pierdan, moviendo, cambiando y tocando!

Honora se dio la vuelta, ignorándonos, y Marcos me miró de reojo. Estaba pálido y se sentía horriblemente culpable, a juzgar por su expresión. Le quité importancia al asunto con un brevísimo meneo de cabeza y le indiqué con la mano que entrara en la galería

y dejara la puerta en paz, pues le empezaban a temblar los brazos por el esfuerzo. Mientras las bisagras lanzaban su quejido ensordecedor, precediendo al fuerte golpetazo de la entrada al cerrarse, me encaminé al despacho de Aduriz.

—Sígueme, señora Brim, es en la otra sala.

La mujer me acompañó, rezongando, con Marcos detrás.

Abrí la puerta del estudio y dejé la maleta junto a la entrada. Rosa y Marcos habían respetado el mobiliario del despacho, y estaba todo tal y como se quedó tras la muerte de Aduriz. La alfombra persa incluso conservaba una mancha oscura en una de sus esquinas.

—¿Esto está igual? —me preguntó Honora señalando los muebles con un dedo.

—Sí, no hemos tocado nada —respondió apresuradamente Marcos, deseoso de resarcirse por el estropicio de la galería.

—Algo podremos hacer —masculló la anciana señora, caminando con pasos bamboleantes hasta colocarse frente a la mesa—. Muy bien, vamos a ello. Marcos, desde el principio, por favor.